

RODRIGO, Javier (ed.) *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014. 534 pp.

Miguel Ángel del Arco Blanco
Universidad de Granada

Los estudios relacionados con la violencia política gozan de buena salud en España. La mejor prueba de ello puede ser el libro que reseñamos. En él se evidencia que, como se viene atestiguando por lo menos desde los años noventa, la historiografía española dedicada al siglo XX ha superado algunos de los viejos lastres que caracterizaban a algunas publicaciones. Quedó atrás el aislamiento historiográfico respecto a los temas fundamentales presentes en debates internacionales; también el poco concurso de autores extranjeros en nuestras publicaciones; la publicación de monografías muy específicas limitadas al estudio de un espacio y un tiempo histórico demasiado reducido.

Políticas de la violencia es una obra ambiciosa. Una obra colectiva bien dirigida y encaminada que, por sus objetivos, justifica en sí misma el nutrido número de autores que participan y las variadas temáticas que abordan. Si bien el tema central es el estudio de las políticas de la violencia, en sus diferentes y dinámicas formas, no es raro que el lector encuentre en sus capítulos mucho más de lo que le es prometido en principio. Así, si la obra centra su análisis en la primera mitad del siglo XX, (“el más violento de los siglos”, como señala Javier Rodrigo en la introducción), no es raro encontrar incursiones en fenómenos de violencia política del siglo XIX o, incluso, en el periodo después de 1945 o, incluso, menciones al siglo XXI (como puede ser el caso del terrorismo *yihadista*). Por otro lado, aunque los autores escriben “desde Europa y sobre Europa”, lo hacen en el sentido más extenso, incluyendo países como Armenia o, incluso, abordando cuestiones relacionadas con sus colonias. Esta ambición casa a la perfección con la voluntad de ofrecer una visión compleja de las violencias, rastreando sus orígenes, sus medios, sus fisonomías, sus perpetradores, sus víctimas o sus discursos. Se demuestra así que las violencias más brutales y galvanizadoras tuvieron lugar en el entorno de las guerras, alcanzando las vidas y los destinos de los civiles. Se apuesta por una concepción de la violencia que no incluye sólo a la muerte o el asesinato, sino también todo tipo de castigos, la reclusión o el trabajo forzado. También se nada en el complejo origen de la violencia, encontrando respuestas en la ideología, en las identidades, en la cultura, la política, la economía (estatal o personal), los contextos locales o nacionales, etcétera. En estos orígenes descansan algunos de los objetivos que emanan de las prácticas violentas y, así, la obra vuelve a reafirmar la idea de que la violencia ayuda a construir nuevas realidades culturales, nacionales, estatales o económicas.

Todas estas ideas principales se desgranar de un buen número de capítulos (un total de doce). En ellos se analizan diversos temas relacionados con la violencia, centrados en casos de estudios nacionales o regionales que, a nuestro juicio, evidencian que Europa guarda en su historia muchos más rasgos en común de lo que muchos quisieran pensar. Son múltiples los autores que participan en la obra pero, a nuestro juicio, es digno de saludar el carácter internacional de muchos de ellos. Pero también es



destacable la sintonía y el equilibrio que sus capítulos guardan con los de los historiadores españoles que participan en el volumen, algunos de ellos de sobresaliente factura.

La primera aportación es de Alan Kramer que, a modo de obertura, enmarca las aportaciones posteriores. Ofrece un valioso estudio sobre los genocidios europeos entre la Primera y Segunda Guerra Mundial, irradiando una visión más compleja y completa al hacer protagonista no sólo a Alemania, sino también a la Unión Soviética y a los Aliados. Sirve de oportuna introducción a la contribución de Raymond H. Kévorkian que, de forma concisa y a la vez detallada, nos descubre los detalles del primer genocidio europeo: el armenio a manos del imperio otomano.

El tercer y cuarto capítulos van prácticamente de la mano, tanto por su calidad como por su brillantez. Abordan, respectivamente, la estrecha relación que existió entre la violencia y la evolución política de los regímenes italiano y nazi. En el caso italiano Camilla Poesio aporta unas valiosas páginas en las que demuestra cómo la violencia surcó la vida italiana desde la fundación de los *Fasci Italiani di Combattimento* hasta la caída de la Repubblica Sociale Italiana, convirtiéndose en un instrumento útil e imprescindible en la llegada al poder y en la configuración del régimen de Mussolini. Por su parte, Nikolaus Wachsmann nos relata, paso por paso, el uso medido e intencionado que de la violencia hicieron los nazis tras llegar al poder en 1933, subrayando la importancia de la ideología para justificarla y reclutar cómplices para llevarla a cabo.

Otros capítulos se centran en la violencia desencadenada en el contexto de acontecimientos bélicos. Javier Rodrigo (capítulo 5) no sólo nos ofrece una buena síntesis de sus visiones sobre la violencia republicana y rebelde en la guerra civil española, sino que además nos da un paseo por las prácticas violentas de otras guerras civiles (Unión Soviética, Irlanda, Croacia, Italia, Finlandia...). David Alegre desgrana el caso del Estado Independiente de Croacia (NDH) en el capítulo 6. Hace un extenso recorrido y una pormenorizada caracterización de la Ustacha croata, ofreciendo en ocasiones testimonios espeluznantes de la violencia de 1941-1942 y subrayando, a nuestro juicio con acierto, el componente creativo y regenerador que para muchos partidarios de la misma tenía la violencia y la destrucción de los enemigos de la nación. Mención especial merece la aportación de Christian Gerlach, uno de los mejores conocedores de la “solución final judía” del III Reich. En el capítulo 8 nos da una estupenda lección de intuición y de seriedad histórica, dando respuestas al porqué de la “Conferencia de Wannsee” y fijando cuándo Hitler tomaría y haría pública la decisión de exterminar a los judíos (diciembre de 1941); su capítulo es una auténtica bajada a los infiernos sobre la planificación del mayor exterminio que jamás hayamos conocido.

El volumen cuenta también con una aportación relacionada con las memorias de la violencia. Corre a cargo de Xosé Manoel Núñez Seixas quien, en el capítulo 7, hace un recorrido por las memorias nacionales sobre lo sucedido en el brutal frente del Este entre 1941 y 1945. Evidencia la inexistencia de un discurso consensuado sobre lo sucedido en el Este. Si bien la violencia y su recuerdo se convierte en un útil instrumento para la elaboración de discursos oficiales que sirve a los intereses nacionales y, por supuesto, a la calma moral colectiva sobre las responsabilidades de la violencia y de las muertes.

Como ya señalamos, las violencias analizadas en la obra van más allá del fin de la II Guerra Mundial. Algo que rompe los clásicos mitos sobre el “estallido” de la paz en cualquier conflicto bélico y el cese inmediato de prácticas violentas. José Luis Ledesma (capítulo 9) se ocupa de Francia y de la “depuración de responsabilidades” de los colaboradores del régimen de Vichy. Como en otros de sus estudios precedentes, nos

demuestra que para explicar las violencias es conveniente contextualizarlas y ahondar en las motivaciones de sus actores, además de explicar muy satisfactoriamente como, también en el caso francés, la gestión de la violencia hizo posible la institucionalización del régimen de la IV República. José María Faraldo aborda, en el capítulo 10, la importancia de la violencia en la instauración de los regímenes comunistas en la Europa del Este entre 1945 y 1953. Destaca el papel fundamental de Stalin en el terror lanzado sobre los países del oriente europeo, no dudando en calificar al estalinismo como un “régimen terrorista” (415). Fue este terror, junto a la presencia del Ejército Rojo o al establecimiento de las policías políticas, lo que hizo posible la implantación de regímenes comunistas.

En el libro el capítulo 11 está dedicado a la violencia desarrollada por las metrópolis en sus colonias. Andreas Stucki lo hace centrándose en el caso español y sus territorios coloniales del Ifni-Sáhara, poniendo en evidencia la reticencia que, aún hoy, las antiguas potencias coloniales tienen en reconocer la violencia que perpetraron en sus antiguos dominios.

La obra se cierra con una contribución de Eduardo González Calleja sobre el terrorismo europeo (capítulo 12). Con su precisión conceptual habitual y su profundo conocimiento de la historiografía, ofrece una profunda panorámica que comprende de los últimos años del siglo XIX al terrorismo islámico actual. Todo, bajo la concepción del terrorismo como una “estrategia compleja de lucha violenta” clave para comprender la evolución política de nuestras sociedades contemporáneas.

Políticas de la violencia ofrece, por todo lo expuesto, un análisis complejo, detallado y excepcional sobre las violencias del siglo XX. Desde nuestro presente, es imposible prevenir la violencia. Nadie ha sido capaz de hacerlo en la historia donde, por desgracia, la violencia ha sido triste compañera de los hombres. Lo que sí es cierto es que las muertes y los asesinatos se hacen más comunes y brutales bajo conflictos bélicos. Y en la raíz de estos últimos están, siempre, las causas ideológicas, políticas y económicas. Estas últimas, por lo que concierne a la desigualdades y a las injusticias, son por desgracia cada día mayores entre nosotros.